

En Antofagasta usó por primera vez su seudónimo*

(Pero lo repitió varias veces
con una “y”: Mistraly)

MARIO BAHAMONDE**

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga, conocida simplemente como la maestra Lucila Godoy Alcayaga, a lo largo y ancho de su vida viajó por un itinerario que no pareció tener otro término que el de su propia, variada y rica existencia humana. En Antofagasta sirvió los cargos de inspectora general del Liceo de Niñas y de profesora de castellano, entre enero de 1911 y junio de 1912, años de forja de su carácter tan especial y de valentía para enfrentar su lucha diaria, tanto en lo humano como en lo profesional, en medio de circunstancias que no siempre le fueron favorables.

Aquí fue donde usó por primera vez su seudónimo de Gabriela Mistraly (con y al final), tanto en *El Mercurio* (de Antofagasta), como en otras colaboraciones ocasionales, en prosa y en versos. El 1º de febrero publicó un artículo con cierto tinte pedagógico y mucho de rebeldía contra el sistema educa-

*Párrafos extractados del estudio *Gabriela Mistral en Antofagasta*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1980.

**MARIO BAHAMONDE. Profesor de castellano, poeta, escritor. Falleció en 1979. Autor de varias obras: *El Caudillo de Copiapó*. Edit. Nascimento, 1977. *Derroteros y Cangalla*, 1978; *Ruta Panamericana*, 1980, novelas.

cional chileno tan atrasado y orientado hacia la mediocridad. En aquella mujer que era Lucila en sus 21 años de edad en aquel 1911, el carácter ya se le había formado en sus aristas más fuertes como consecuencia de esa soledad que se le acentuaría en su madurez y en su vejez.

Como anécdota curiosa anotamos que el 14 de enero se publicó la primera colaboración de la profesora. Una prosa con aires de estampa o de acuarela. Comienza: "Antes que el mareo me enturbie el espíritu para las impresiones —las bellas impresiones que ha de darnos el mar— paseo sobre la cubierta..." Termina con una referencia: "A bordo del Panamá". Pero se publica con un error. La firma dice Aníbal Godoy Alcayaga. ¿Qué duende mareó al inadvertido periodista de turno? ¿Cómo reaccionaría la poetisa al leer el pastel? Pero en la edición siguiente apareció esta aclaración: "Ayer publicamos un artículo literario titulado "Navegando" con que quiso favorecernos la distinguida escritora Lucila Godoy Alcayaga, profesora de castellano del Liceo de Niñas; pero una equivocación hizo aparecer cambiado el nombre de la autora, por lo cual presentamos a ésta nuestras excusas. La señorita Godoy Alcayaga, cuyas bellas producciones esperamos dar a conocer periódicamente, se ha distinguido en la prensa nacional, colaborando en diarios y revistas con artículos literarios y estudios pedagógicos que han merecido elogios muy sinceros". Y ésta fue la verdadera presentación pública que ella tuvo ante la comunidad local.

El 1º de octubre de 1911 *El Mercurio* publicó un cuento con el título de "El rival", con su seudónimo de Gabriela Mistraly, por primera vez. Es un relato largo, de buen ritmo narrativo, cuya construcción obedece a los moldes en boga. Desciende evidentemente de Poe y Baudelaire; pero, además, es la base clara para observar los inicios de una estética que le será característica y se acentuará después en su poesía: un sentimiento trágico de la existencia encuadrado en el concepto griego del destino: esa fuerza fatal por lo ineludible que hace sucumbir lo que aparentemente debía florecer como alegría o felicidad o dicha.

El 15 de octubre publicó su poema "Evocando el terruño", compuesto en tercetos, excepto una estrofa y firmado igualmente por Gabriela Mistraly. Fue la segunda vez que usó el seudónimo en las publicaciones locales, lo cual podría confirmar que Antofagasta fue la cuna de su nombre de gloria literaria.

El 14 de enero de 1912 *El Mercurio* publicó una colaboración firmada por Lucila Godoy Alcayaga, cuyo título es "Cuentos" (Oyendo a las del Kindergarten). Su texto es el siguiente:

“Entre las tristezas de mi niñez, que fueron muchas, yo tuve ésta: nunca me contaron cuentos. En cambio, me atiborraron de historias: desde Noé, con su trascendental descubrimiento del producto de la vida, hasta Isabel la Católica, católica y genial, y mujer...

“Pero cuentos, jamás.

“Y tal vez es por eso que he sido triste.

“Y es por eso que yo quiero que los niños de hoy sepan más de hadas que de héroes tremebundos.

“Y yo creo que produce una sonrisa de Jesús el poeta que hace una página para los niños, cuajadas de encantadoras mentiras, más que el sesudo sabio de gafas enormes que escribe mil páginas, para los grandes, cuajadas de mentiras mal presentadas.

“Hay el arte de ser abuelo, y entre los estudios indispensables del curso está el de saber, a lo menos, cien cuentos.

“El abuelo que, cuando es invierno, y nieva, y hay dentro del hogar humilde una estufa o un brasero de rojos rubíes rebozantes, no sabe contar cuentos, no merece llamarse tal, y sus nietos no deben quererlo ni lo más mínimo.

“No aburramos a los niños. Maestros y padres, ante todo, aprended a hacer reír a los pequeños. Hay demasiado tiempo para enseñarles a aburrirse ante una serie de clasificaciones, ante la tabla pitagórica o un cuadro de fechas célebres.

“La flor es la flor; está hecha para los juguetes con la brisa y las coquete-rías de las mariposas. Y el fruto es el fruto; sólido y utilitario, hecho para la cosecha, para el granero, para el arca del hacendado.

“Ya vendrá el tiempo de pedirle al niño que nos diga quién fue Sócrates y qué hizo Napoleón; pero en su tierna edad dejemos que sólo sepa que los lirios son blancos y morados y que los pájaros cantan y hacen nidos.

“Poetas, haced versos para los niños.

“El cielo les sonrío, la tierra se alumbra tal vez sólo para sus plantas frías, el año trae para ellos entre los pliegues de sus días la Pascua risueña; vosotros dadles versos sencillos.

“Sobran los poetas que se deslían en poemas eróticos, sobran también los que hacen apoteosis de la espada y de la coraza; sobran los que lloran sus lepras íntimas revolcándose en el escepticismo; los poetas de los niños faltan.

“Chile tuvo uno: Pedro N. Prendez. México tuvo otro, y enorme, Juan de Dios Peza; pero son pocos, muy pocos.

“Poetas, los niños necesitan versos. Prosadores, los niños necesitan cuentos; tienen apenas!”.



Retrato de Gabriela por el maestro Juan Francisco González.

El tránsito creador de Lucila Godoy, ingenuo y débil en su etapa inicial del valle de Elqui, prodigado en las páginas de diarios locales, se acentuó en Antofagasta mediante la búsqueda de una forma para su poesía y de un contenido para su dolor o para su pasión o para su estética de la desesperación.

No es difícil rastrear la lucha que sostuvo Lucila Godoy por conseguir el dominio expresivo en el lenguaje poético y, luego, en la prosa, que para ella en resumen no tuvo gran diferencia. Este rastro se puede apreciar en su tránsito por Antofagasta, etapa indispensable para comprender su desarrollo y altura logrados en Los Andes.

Lucila estuvo prisionera de las faenas liceanas hasta los primeros días de enero de 1912. Enero sofocante y lento, con las playas atestadas.

El 15 de enero partió a Coquimbo en el vapor Aysén, con el aire de las vacaciones en su sonrisa.

El 7 de abril cumplió 23 años y la asfixia antofagastina le oprimía una cierta insatisfacción. Había remitido un par de colaboraciones a la revista *Sucesos* firmadas con su Gabriela Mistraly. Y esa publicidad nacional le abría aún más sus ansias de volar.

El 12 de julio ya estaba instalada en el Liceo de Niñas de Los Andes.

Y ESTE SUELO INCLEMENTE,
¿CALCINARA MIS HUESOS...?

No es extraño que el rastro literario de Lucila Godoy Alcayaga o Gabriela Mistraly, como se firmó al comienzo, haya sido escaso. Aparentemente el paisaje la asfixió. Fue demasiado aplastante el desierto, el desierto que cae sobre los ojos humanos desde las cumbres de los cerros vecinos. Antofagasta era un puerto salitrero, vital para los cargadores de salitre, para los obreros del salitre, para los empleados de las oficinas salitreras y para los potentados del salitre. A cada rato se descolgaban de los cerros los trenes salitreros para cargar los lanchones salitreros y colmar las bodegas de los clippers de la carrera del salitre. La vida se paladeaba en la moneda del salitre. En cambio ella, en este lapso aún inicial de su vida sentía como un imperativo la conquista de su realización en su trabajo docente y en su creación literaria; además, no había logrado sacudirse de su condición de elquina, que junto con darle un carácter, un modo de ser que ella lucía con desplante, le proporcionaba un respaldo tan ancho como un acervo o una tradición.

El valle de Elqui es un tajo absurdo en la tierra triste del Norte Chico (así se decía en esa época), en medio de cien montañas ("o son más"), por lo cual ha corrido la vida desde tiempos inmemoriales hacia este lado de la cordillera y, a veces, hacia el otro. Sin embargo, el carácter del coquimbano es lárlico, enclavado en un localismo de aldea. En ese medio es difícil la lucha por mantenerse. Hay años de sequía, palabra que significa hambre entre los medios más humildes. Hay años de peste, con mortalidad entre las cabras de los cerros o con cosechas perdidas en los frutos del valle. La gente siente deseos de partir aunque le duela el corazón al intentar abandonar la tierra. El desierto salitrero de Tarapacá y Antofagasta se pobló con estos coquimbanos cuando se produjo la gran expansión del salitre a fines del siglo pasado. El coquimbano lárlico dejó Peralillo o Paihuano o Hierro Viejo y se trasladó a la pampa, esta vez arrebañado en los *enganches*, soñando en que alguna vez retornaría a sus lares. Este es el ancestro terrenal de Lucila Godoy Alcayaga.